

¿CÓMO DEBEMOS ESCOGER A NUESTROS MISIONEROS?

Cuando una iglesia contempla extender sus ministerios más allá del contexto general en que vive, también normalmente contempla emplear una persona especial para ayudarla a lograr esta extensión. Esta persona se llama un misionero. En términos muy básicos, un misionero es una persona que ha sido escogida, llamada y equipada por Dios para evangelizar y hacer discípulos en contextos más allá del alcance evangélico normal, y que sirve a la iglesia local como su embajador a través de que ella puede llegar a poblaciones normalmente inalcanzables y cumplir sus ministerios allá. Como se puede ver, el misionero es un elemento sumamente importante para el logro exitoso de esta extensión contemplada por la iglesia. Entonces, *es sumamente importante que esta iglesia sepa escoger cuidadosa y sabiamente a sus misioneros*. De una manera muy real, la extensión exitosa de esta iglesia hacia este contexto lejano va a depender *mucho* de su misionero.

Pero, como iglesia local, ¿cómo podemos escoger a nuestros misioneros de una manera cuidadosa y sabia? Entre otras cosas, logramos esta meta por tomar muy en cuenta la naturaleza y función del oficio del misionero, y por analizar las cualidades y habilidades del aspirante, a la luz de la naturaleza y función del oficio. En términos generales, este proceso puede resumirse en tres preguntas básicas.

¿Satisface las condiciones básicas para ser un misionero?

Esta primera pregunta tiene que ver directamente con la *naturaleza* del oficio del misionero. Como se mencionó arriba, un misionero es una persona que ha sido escogida, llamada y equipada por Dios para ser un embajador en evangelizar y hacer discípulos en contextos más allá del alcance evangélico normal. Esta es su naturaleza. Entonces, esta pregunta analiza si el aspirante evidencia esta naturaleza.

Primordial en este análisis es *la examinación del llamado misionero del aspirante*. Siempre tenemos que recordar que es Dios, y no la iglesia local, que hace que un individuo sea un misionero. Y lo hace a través de

Su llamado sobre la vida de este individuo. Este llamado misionero cautiva a la persona para la obra misionera (Efesios 4:8–12), resultando en una dedicación muy fuerte a la obra. También, sirve un papel identificador, señalando al futuro misionero de entre los demás creyentes. Y manifiesta que Dios ha escogido y capacitado a este individuo para esta tarea. El llamado es tan importante que sería absurdo enviar a alguien como misionero que no lo evidencia. Entonces, la primera cosa que hacemos es analizar si el aspirante evidencia haber sido llamado y cautivado para la obra misionera. Si no evidencia este llamado, no hay ni razón ni necesidad de continuar con el análisis. Si Dios no lo ha escogido para ser misionero, no debe ser misionero.

Un segundo elemento en este análisis es *la examinación del concepto que tiene el aspirante de su papel como misionero*. El misionero es un embajador a través de que sus iglesias enviadoras llegan a poblaciones normalmente inalcanzables y cumplen sus ministerios allá. Como tal, representa a estas iglesias, y está en el campo misionero para que ellas puedan lograr los ministerios que Dios tiene para ellas. Se somete a la autoridad y dirección general de sus entidades enviadoras, y rinde cuentas ante ellas. Lamentablemente, no todo aspirante a ser misionero comparte este concepto. Si tiene un concepto bastante diferente, ¿cómo puede servir como un verdadero embajador?

Y el tercer elemento en este análisis es *la examinación de la disposición del aspirante a ser un verdadero embajador de sus entidades enviadoras*. Aunque es muy importante, no basta simplemente tener un concepto adecuado del papel del misionero. Hay que también personalmente aceptar este papel con sus repercusiones. Si no está dispuesto a ser un fiel embajador, someterse a la autoridad y dirección general de sus entidades enviadoras, y rendir cuentas ante ellas por la representación lograda, ¿cómo puede servir como un verdadero misionero (embajador)? Contradice la naturaleza misma del oficio.

¿Satisface las condiciones básicas para ser nuestro misionero?

Esta segunda pregunta tiene que ver más con la *función* del oficio del misionero, de ofrecer a sus iglesias enviadoras una representación que es fiel, adecuada y precisa. Así, nuestra primera pregunta trató el tema de si el aspirante debe ser un *misionero*, y una respuesta negativa señalaría que no debe ser enviado como misionero. Ahora, nuestra segunda pregunta trata el tema de si el aspirante debe ser misionero de *nuestra* iglesia. Una respuesta negativa aquí sólo señala que no debe ser nuestro misionero, pero sí puede ser el misionero de otras iglesias.

Fundamental en este análisis es *la examinación de suficientes*



academia de misiones mundiales

capacitación misionera básica, arraigada en la iglesia local

Desarrollando iglesias comprometidas con y equipadas para llevar a cabo la gran comisión

© 2006 William F. Ritchey

similitudes entre el aspirante y nuestra iglesia. Si nos va a representar de una manera fiel y adecuada, con precisión y de una manera natural, debe compartir ciertas similitudes cruciales con nuestra iglesia. Por ejemplo, el aspirante debe compartir **el enfoque geográfico y étnico** que tenemos como iglesia. Si deseamos evangelizar y fundar iglesias en África, ¿cómo puede representarnos fiel y adecuadamente un aspirante que desea servir en Europa? Si deseamos trabajar entre musulmanes, ¿cómo puede representarnos con precisión un aspirante que desea trabajar entre los esquimales de América del Norte? El aspirante también debe compartir **el enfoque laboral** que tenemos como iglesia. Si queremos que nuestro misionero trabaje con dedicación exclusiva en la obra misionera, ¿qué tipo de representación vamos a recibir de un aspirante que quiere tener un negocio secular y evangelizar los fines de semana? Además, el aspirante debe compartir nuestra **doctrina y teología**. De otro modo, ¿cómo puede representarnos a nosotros en la obra misionera? También debe compartir nuestro **concepto o filosofía de ministerio**. Si nosotros deseamos, como iglesia, que el ministerio se haga de cierta manera, ¿cómo puede representarnos un misionero que tiene otra filosofía de ministerio u otro concepto de ministerio? ¿Cómo podemos llevar a cabo *nuestro* ministerio a través de *nuestro* embajador, si éste tiene un concepto de ministerio radicalmente diferente? En adición, el aspirante debe compartir nuestro **propósito misionero básico**, nuestra **visión misionera básica**, y nuestras **prioridades ministeriales**. Estos tres, entre otros elementos, determinan qué queremos hacer en el campo misionero (tanto en la actualidad como en el futuro). Si el aspirante no está de acuerdo con nuestra iglesia en estos puntos, ¿cómo puede representarnos? Y ¿cómo podemos pensar que podríamos llevar a cabo nuestros ministerios a través de este misionero? Hacerlo va a requerir que alguien sea desleal a sus convicciones. Y debe haber similitudes básicas entre el aspirante y nuestra iglesia en cuanto a las **expectativas en áreas como respaldo espiritual, respaldo logístico, respaldo financiero, y la comunicación**. Cada entidad tendrá sus expectativas en cada una de estas áreas. Lo importante es que las entidades estén de acuerdo.

Un segundo elemento en este análisis es la *examinación de la disposición del aspirante a representarnos a nosotros de una manera muy especial y estrecha*. Aunque es muy importante, no basta simplemente poseer similitudes. Siendo que va a ser nuestro embajador, se espera establecer lazos *especiales y estrechos* entre nosotros y este individuo. Pero no todo aspirante está dispuesto a forjar estos lazos. Si no está dispuesto, ¿cómo puede llegar a ser *nuestro* embajador, un pedazo de *nuestra* iglesia trabajando en este contexto lejano?

Y un tercer elemento en este análisis es la *examinación de la*

disposición del aspirante a superar cualquier carencia marcada, especialmente en el área de similitudes cruciales. No se espera un pareo de 100% en estas similitudes y expectativas, pero sí se espera un pareo suficientemente cerca para asegurar el logro exitoso, eficaz, armonioso y natural de la obra misionera. Y se espera también, la disposición por parte del aspirante a trabajar de todo corazón hacia suplir cualquier carencia notable.

¿Satisface las condiciones básicas para salir bien preparado?

Esta tercera pregunta tiene que ver con la *capacitación y trayectoria* que tiene el aspirante. El primer elemento en este análisis es la *examinación de si el aspirante manifiesta haber logrado suficiente capacitación (bíblica, misionera, ocupacional, etc.) y suficiente trayectoria (ministerial, ocupacional, etc.)* para salir bien preparado al campo misionero. El trabajo misionero, y especialmente el transcultural, es uno de los trabajos más difíciles y agotadores del mundo. Así, es importante examinar cuidadosamente la preparación que tiene el aspirante. ¿Se luce como listo y preparado para llevar a cabo este ministerio de una forma exitosa y eficaz? Y aquí debemos recordar que para la mayoría de aspirantes, la afiliación a una buena agencia misionera es un elemento importante de su preparación total.

Un segundo elemento en este análisis es la *examinación de la disposición del aspirante a superar cualquier carencia marcada en su capacitación y trayectoria*. No se espera que el aspirante sea 100% preparado antes de escogerlo como nuestro misionero. Una iglesia bien puede escoger, como su misionero futuro, a una persona que está en camino de preparación (entendiendo que su envío como misionero vendrá a la conclusión de esta preparación). Y no se espera una preparación profunda en *toda* área de *cada* faceta de la obra misionera. Es imposible lograr una capacitación tan exhaustiva. Mas bien, lo que se busca aquí es una preparación *adecuada*, y la disposición por parte del aspirante a suplir cualquier carencia notable.

¿Desea estudiar más sobre este tema?

Si el lector tiene ganas de profundizarse más con respecto al tema, se le recomiendan los siguientes textos de la Academia de Misiones Mundiales: *Las misiones: renovando nuestra perspectiva a la luz de la Biblia*, edición 2004, páginas 7–35 y 48–58, y *Una introducción a la obra misionera transcultural*, edición 2003, páginas 5–35, 176–181, 191–278, y 315.